

»Los caballos de silla se requisarán para completar los cuerpos de caballería; los de tiro, excepto los utilizados en el cultivo del campo, se destinarán al arrastre de la artillería y transporte de víveres...

»El Comité de Salvación Pública establecerá sin pérdida de tiempo una fabricación extraordinaria de toda clase de armas, en relación con la situación del pueblo francés.

»La leva será general. Saldrán primero los ciudadanos no casados ó viudos sin hijos, de diez y ocho á veinticinco años, los cuales se presentarán sin dilación en la capital de su distrito, donde se ejercitarán diariamente en el manejo de las armas, hasta que reciban la orden de partir... El batallón que se organice en cada distrito llevará una bandera con la inscripción: «¡El pueblo francés de pie contra los tiranos!»

Siéntese en las disposiciones de este gran decreto, un espíritu práctico, que revela que la suerte de la patria no estará entregada en adelante al efímero ímpetu del entusiasmo. El llamamiento no era una leva confusa, era Francia que se organizaba regularmente en inmenso campamento y ponía todos los recursos de la ciencia al servicio de su valor. Por la grandeza del esfuerzo para salvar la independencia nacional, la Convención se rehabilitó este día del abatimiento en que se hundiera el dos de Junio, y con ella la libertad y el derecho político.

En medio de todo esto, no descuidaba aquella incansable Asamblea de llevar adelante la obra de reorganizar la sociedad, en cuya exposición no nos detenemos ahora, por destinarle capítulo aparte.

Tales fueron los efectos que causó en el pueblo de París y en la Convención la insurrección girondina y la capitulación de las plazas fronterizas: por una parte, la exacerbación de las pasiones, causa de aquella serie de decretos terroríficos que abrían un abismo entre la Francia republicana y la Francia monárquica; por otra, aquella hermosa explosión del sentimiento patriótico, del absoluto sacrificio del individuo a la patria, que llevó á Carnot al comité de Salvación Pública y al pueblo á pedir unánimemente á la Convención la leva en masa. Uno y otro movimiento fueron no individuales, sino colectivos, no voluntarios, sino espontáneos, por más que revistieran en cada individuo matiz especial; por lo que no procede ni tributar elogios por el uno, ni dirigir censuras por el otro. Las sociedades son organizaciones que responden á las excitaciones externas ó internas, de modo semejante que los organismos individuales, con corrientes fatales, indefectibles, que arrollan y arrastran á los individuos, sépanlo éstos ó no, y por las que no hay responsabilidades que exigir. Tal sucedió ahora. Por donde se va viendo claro que todo el desarrollo interno de la revolución fué determinado por el curso de la contra-revolución, por las alternativas de la insurrección realista dentro y de la coalición monárquica fuera. Pondrá esto más de relieve aun la exposición de la postrera causa que determinó el proceso de los girondinos.

Viva y pujante seguía en el Sudeste la insurrección, despojada ya de las apariencias girondinas. En Lyon, los dos representantes de la Gironda, Biroteau y Chasset, sintiéndose anulados por los realistas, habían abandonado la ciudad; y en Marsella, Rebecqui habíase arrojado al mar, desesperado de ver absorbida por la contra-revolución la causa que él representaba. Dubois-Crancé, después de haber impedido la unión de los lioneses y marseleses, según dijimos antes, marcha sobre Lyon con las pocas fuerzas que pudo separar del ejército de los Alpes, y el ocho de Agosto sienta sus reales frente á la industrial ciudad, con cinco mil infantes y unos cuantos cañones. Por el mismo tiempo, el general Carteaux, al frente de no mayor número de hombres, recibe orden de avanzar desde Aviñón sobre Marsella, donde la reacción había vertido á torrentes sobre el cadalso, de igual modo que en Lyon, la sangre de los montañeses. Al acercarse Carteaux, reanimanse éstos; de las treinta y dos secciones marselesas, cinco se sublevan contra las autoridades reaccionarias; empénase la lucha en las calles; Carteaux se apodera del campamento atrincherado de Septemes; las autoridades huyen á Tolón, y el veinticinco de Agosto entra en Marsella el general republicano. Entre los muchos patriotas que llenaban las cárceles, había dos individuos de la Convención, Bo y Antiboul, los cuales pudieron contar á sus libertadores en qué presión había vivido bajo la dominación reaccionaria la ciudad, aquella ciudad de donde habían salido los vencedores del diez de Agosto y cuyo nombre brillaba asociado por siempre al sublime canto que el genio de la Revolución inspirara.

En tratos se hallaban los administradores marseleses con el almirante inglés para entregarle el puerto, lo que no pudieron llevar á cabo por el inesperado y rápido triunfo de Carteaux; mas esta traición, abortada en Marsella, se consumó en Tolón, donde se habían acumulado poderosos elementos realistas. Realistas eran los administradores de la marina y casi todos los oficiales superiores de la flota; realistas, los antiguos nobles que no habían emigrado y que conspiraban, utilizando para entorpecer las operaciones militares y marítimas los empleos que se les dejaran, de lo que muchos de ellos se vanagloriaron después en sus *Memorias*, y juntos todos, ganaron á su causa á la mayoría de las secciones y transfirieron de los patriotas á los reaccionarios la pública autoridad. Los nuevos administradores siguieron en correspondencia con el ministerio de Marina, protestando hipócritamente de su adhesión á la República, y mientras tanto, seducían á los obreros del puerto y á los marineros, pagándoles en oro en vez de pagarles en asignados; segaban la cabeza de los principales jacobinos toloneses, encarcelaban á los comisarios de la Convención después de haberles colmado de ultrajes, y el Comité Director negociaba el apoyo del almirante inglés, Hood, contra la República. La entrada de Carteaux en Marsella precipitó los sucesos. Hood ofrece su concurso, á condición de que Tolón se declare por el gobierno monárquico y que se pongan á su disposición el puerto hasta el restablecimiento de la paz, prometiendo entonces «devolver á Francia el puerto y la flota, conforme al inventario que de

entrambos se levante». El Comité acepta; hace proclamar á Luis XVII, y abre el puerto al inglés. Mas no todos fueron traidores. El contralmirante Saint-Julien iza el pabellón de mando, llama á su lado á los marinos fieles y se apresta á cerrar la entrada á la flota inglesa, con la que iban la española y la napolitana. Vano esfuerzo. Tuvo que retirarse, con algunos marinos y soldados, ante la resuelta actitud de Trogo y de los administradores de la marina, los cuales, dueños del fuerte Lamalgue, que domina el puerto, se disponían á disparar balas rojas contra la flota fiel. El veintiocho de Agosto, Hood se posesiona de la plaza, de la flota y de los arsenales, con el material que se había preparado para la guerra de Italia. «Tomo posesión de Tolón, dijo el almirante inglés en la segunda de sus proclamas, y lo guardaré únicamente como depósito para entregarlo á Luis XVII.» Mas ¿cómo esperar que, por abnegación á la legitimidad de Luis XVII, devolviesen tan rica presa los que en el Norte guardaban para sí las plazas francesas que conquistaban!

La catástrofe de Tolón cayó en París como una bomba. No se trataba ahora de un adversario que diese la cara, como el invasor extranjero ó el insurrecto girondino; se trataba de un enemigo encubierto, invisible, que hería en la sombra y que á la hora menos pensada podía levantar cabeza en otras capitales, en París mismo. Los patriotas sintieron que el suelo se hundía bajo sus pies y ardiendo en deseos de venganza; los realistas, seguros de que tocaban ya con la mano el día del triunfo, no pudieron reprimir su júbilo, y los unos, los ardientes, volvieron á sus provocativas manifestaciones en los paseos y mayormente en los teatros, silbando estrepitosamente cuanto se representaba favorable á la Revolución, y aplaudiendo frenéticos todo lo que la denigraba, como la pieza *Pamela*, glorificación del gobierno británico, y *Adela de Sacy*, la historia de Antonieta y de su hijo en el Temple, que tenía por desenlace la libertad y triunfo de los cautivos; los otros, los hábiles, asistían á los clubs, se mezclaban con los anarquistas, con los furiosos del partido del Obispado, todo con el pérfido intento de provocar motines y arrastar á las masas á insensatas exageraciones. A esta exacerbación de las pasiones vinieron á añadir nuevo combustible los sufrimientos del pueblo. El pan no estaba caro; el *máximum* y los grandes subsidios que la Municipalidad sacaba de la Convención impedían que subiese el precio; pero, ¿qué importaba que el pan estuviese barato si no lo había? Las trabas que el propio *máximum* y las persecuciones contra los supuestos acaparadores ponían al comercio de granos, así como las grandes compras para los ejércitos, daban por resultado que en París no hubiese provisiones más que para el día, y que todas las noches se formasen largas colas á las puertas de las panaderías. No hay conmociones populares tan imponentes como las provocadas por el hambre, que tienen siempre á las madres por corifeos. El cuatro de Septiembre, de madrugada, inmensa muchedumbre del barrio de San Antonio invade la plaza de la *Grève* al grito de ¡pan! ¡pan!; se disemina por los alrededores de la casa consistorial; penetra como el torrente en el edificio, llevando por delante á los guardias y empleados

municipales y avanza hasta el salón de sesiones llenándolo todo, banquetas, tribunas, estrados y corredores. La reciben Chaumette y Hebert. El primero la dice que él también fué pobre; se desata en improperios contra los ricos; asegura que se traerá al punto la cantidad de harina necesaria para el día siguiente, y promete que se decretará la formación de un ejército revolucionario encargado de recorrer las campiñas, hacer variar los graneros y circular los granos. «¡Y una guillotina detrás para los acaparadores!», añadió Hebert, según pedían en varias comunicaciones los más furiosos jacobinos de provincias.

Este movimiento repercutió en la Convención al día siguiente, cuya sesión fué una de las más sombrías y memorables que celebró aquella asamblea. La inauguró Merlin de Donai proponiendo, en nombre del Comité de Legislación, dividir el tribunal revolucionario en cuatro secciones, para evitar la lentitud con que procedía y de la que se quejaban Robespierre y los jacobinos. Se votó. Por si faltase leña al fuego, se recibe un despacho comunicando que los austriacos, dueños de Sierk, han saqueado á los habitantes, incendiado las casas, degollado á pobres padres de familia, mutilado á prisioneros, á los unos cortándoles los pies y las manos, arrancándoles la lengua á los otros. Acto seguido, entra la municipalidad, presidida por Pache y Chaumette, exponiendo aquél que el pueblo temía carecer de subsistencias por culpa de los acaparadores, y pidiendo el otro, en feroz arenga, el ejército revolucionario y la guillotina: «¡Montaña, sé el Sinai de los franceses!..... Que el ejército revolucionario se forme, que recorra los departamentos, que se aumente con todos los que quieren la República una é indivisible, que vaya seguido de un tribunal incorruptible, feroz, y del instrumento que corta de un solo golpe las conspiraciones, llevando escrito en la bandera: Paz á los hombres de buena voluntad, guerra á los asesinos por hambre!.....» No bien había acabado de hablar, invade el salón, se esparce por las gradas de la derecha y llena todo el estrado, imponente turba de hombres y mujeres, agitando cartelones contra los acaparadores y gritando en infernal coro: «¡Viva la República! Aquello fué como el estallido de la tempestad. Sucédense unas á otras, á modo de relámpagos, las proposiciones más radicales. En medio de aquel tumulto, se levanta Dantón, valiente, inspirado, con voz de trueno, como en sus mejores días: sostiene que es necesario saber aprovechar el ímpetu del pueblo para consumir la Revolución; se muestra conforme con que el tribunal revolucionario era demasiado lento, siendo menester que «cada día un aristócrata, un malvado pague con la cabeza sus crímenes;» aprueba que se decreta al punto el ejército revolucionario, pero sin la guillotina; pide que se voten cien millones para fabricar armas, á fin de que todo ciudadano tenga su fusil, y concluye proponiendo que las secciones de París se reúnan dos veces por semana, para ocuparse en la salvación de la patria, y que se conceda una indemnización de cuarenta sueldos á los ciudadanos pobres por asistir á estas asambleas. Esto dijo Dantón. Impetuosas fueron sus palabras; muy calculado y muy político su pensamiento. En sesión

permanente las sesiones, sólo concurrían á ellas unos cuantos intrigantes ó rabiosos, que las utilizaban en el medro de su persona y daño del público sosiego; mas ahora, reducidas las sesiones á dos por semana é indemnizándose á los obreros, era de esperar que asistiese á ella el verdadero pueblo, en sustitución de los conspiradores anarquistas ó reaccionarios. Ni un muerto despojándose del sudario y hablando de pie sobre la tumba, habría producido más efecto que produjo Dantón en el pueblo. Los gritos y vitores llegaron al delirio; los sombreros volaron por los aires. Por aclamación se decretó todo lo que propuso. Desgraciadamente, votáronse á continuación otras proposiciones violentas, como las de Billaud, consistentes en revocar el decreto debido el girondino Gensonné, por el que se vedaban las visitas domiciliarias y los arrestos durante la noche, y en decretar pena de muerte contra el que comprase ó vendiese asignados «con fines anti revolucionarios.» Llegó ahora una diputación de las secciones y de los jacobinos, á pedir el juicio del «monstruo» Brissot y de sus cómplices Vergniaud, Gensonné y «otros malvados», á la que respondió el presidente Thuriot, que se haría justicia y que «todos los malvados perecerían en el cadalso». Por último, Barere propone, en nombre del Comité de Salvación Pública, y consigue que se vote, la organización de una fuerza armada de seis mil infantes y mil doscientos cañoneros, destinada á reprimir á los reaccionarios y proteger las subsistencias, y luego, poniéndose, por miedo ó arrastrado por la general corriente, al nivel de los más violentos, hace suya la frase de la Municipalidad de París: «¡Coloquemos el terror á la orden del día!», y concluye diciendo: «Los realistas conspiran, quieren sangre; pues bien, tendrán la de los conspiradores, de los Brissot y de las Antonietas. Quieren perturbar los trabajos de la Convención.... ¡Conspiradores! ella perturbará los vuestros. Quieren derribar á la Montaña; pues bien, la Montaña los aplastará.» Así acabó aquella fecunda y terrible sesión. Mas no acabó con ella la tensión de los espíritus, el sistema del terror, antes irá en progresivo aumento hasta la caída de la dictadura convencional.

Al día siguiente, seis de Septiembre, Dantón fué propuesto para el Comité de Salvación Pública: no quiso aceptar. Había jurado no pertenecer á este Comité desde que propuso que se le erigiese en gobierno provisional, y mantuvo ahora su juramento. ¡Qué engañados habían estado los girondinos al acusarles de aspirar á la dictadura! Tan engañados que, si se obstinaba ahora en quedar fuera del Comité, era mayormente porque se sentía débil para salvarlos y no quería contribuir á perderlos. Bien se demostró esto en las gestiones que practicó Garat, antes de dejar el ministerio de lo Interior, para impedir que se los sometiese á juicio, consistentes en interesar á favor de ellos á Robespierre y Dantón. Robespierre se mostró implacable; mas Dantón, triste, afectado, al extremo de rodar gruesas lágrimas por sus rudas mejillas, le contestó suspirando: «¡No podré salvarlos!» Por no aceptar Dantón, entraron en el Comité dos de los más te-

ribles jacobinos: Billaud-Varenne, alma fría, reconcentrada é implacable, y Collot-d'Herbois, naturaleza exhuberante, muy impresionable, pero capaz de todos los furros á que puede llevar una sensibilidad extraviada. Estos dos diputados, unidos á Barere, formaron en el Comité lo que se llamó partido de los *revolucionarios*; Prieur, Carnot y Lindet, el de los *sensatos*; Robespierre, Couthon y Saint-Just, el de los *poderosos*. En este mismo sentido se reorganizó y renovó ocho días después, el catorce de Septiembre, el Comité de Seguridad general. Este comité, por cuyas manos pasaban todas las informaciones sobre los diputados y los generales, no había dado curso á la propuesta de acusación de veintiocho de Junio contra los principales girondinos, y estaba dispuesto á hacer de su parte lo que pudiese para no dárselo nunca. Dos meses se habían pasado desde la fecha de aquel decreto, sin que hubiese sido arrestado ninguno de los diputados puestos fuera de la ley, ni llevado ante el Tribunal extraordinario ninguno de los acusados. ¡Y quién sabe si en este mismo estado hubiesen seguido las cosas, á no haber ocurrido la nueva exacerbación de pasiones causada por la traición de Tolón, los imprudentes alardes de los realistas y el hambre del pueblo de París! Mas ahora, no quedó resquicio á la esperanza. Los nuevos individuos del Comité, entre los que se contaban Amat, Rhul, Lebon, Lavicomterie, Vadier y Pany, se aplicaron con febril actividad á redactar el informe contra los girondinos. Con ser tan terribles todas estas medidas, las superó con mucho la ley de sospechosos votada el diez y siete de Septiembre, no menos espantosa por la vaguedad de sus disposiciones que por la amplitud que deja á los comités revolucionarios encargados de aplicarla. Por esta ley, se reputa sospechoso al que se muestre partidario de la tiranía y del feudalismo; sospechoso, al que no pueda justificar el cumplimiento de sus deberes cívicos; sospechoso, al noble que no manifieste constante adhesión á la república; sospechoso, al funcionario público suspendido ó destituido, ya por la Convención, ya por los comisarios de ésta, y no reintegrado en sus funciones. Desde ahora, ningún ciudadano pudo estar seguro de no ser perseguido por sospechoso, tanto menos cuanto que todo se dejaba al arbitrio de los comités revolucionarios, sin otra limitación que la de enviar al de Seguridad general la lista de las personas arrestadas y los motivos del arresto. Repárese que todas estas medidas son congruentes, todas tienden á un mismo fin, á erigir una dictadura horrible, cuyos órganos son la Convención, á donde afluyen, mediante la municipalidad y las secciones de París, las necesidades y los deseos del pueblo, que ella formula en leyes, y el Comité de Salvación Pública, que por la elección de los agentes administrativos, por los diputados comisionados en los ejércitos y por los comités revolucionarios diseminados en todo el territorio de la República, lleva la vida á todas partes. Esta constitución no ha salido de la cabeza de un hombre; ha sido impuesta por las circunstancias. Son su pedestal la fuerza de los ejércitos y el terror del tribunal extraordinario; su fin, imprimir un impulso y una unidad irresistible á la acción de